

PRECIOS
DE
LA SUSCRICION
UN PESO MENSUAL EN LA HABANA
y 10 rs. Ns.
EN EL INTERIOR
FRANCO DE PORTE.
Redaccion
CALLE DEL SOL N. 116,
A DONDE SE DIRIGIRAN
LAS COMUNICACIONES
Y RECLAMACIONES.



ESTE PERIODICO
SE PUBLICA
LOS DOMINGOS
CON GRABADOS.
La Administracion
Está en la misma casa
DE LA
REDACCION.
EL NÚMERO SUELTO
Se vende á 3 rs. fts.

EL MORO MUZA.

Periódico satírico burlesco de Costumbres y Literatura,

DULCE COMO LOS DÁTILES, NUTRITIVO COMO EL ALCUZCUZ,

Y DIRIGIDO POR

JUAN M. VILLER GAS.

PONER UNA PICA EN FLANDES.



la verdad, cuando se inventó la frase que encabeza este artículo, que aunque es el primero no es de primera necesidad, debía ser muy difícil poner una pica en Flandes, tan difícil como el instalarse hoy una persona en la Habana, y si yo tuviera de sobra el chirúmen que me falta, inventaría mas proverbios que hay en el Pentateuco relativamente á este asunto, porque aquí los tropezones que se dan con los piés por los lugares mal empedrados, no son nada en comparacion de los que sufre la voluntad del hombre cuando camina por la escabrosa senda de su instalacion. Esto prueba que hay tropezones materiales y morales, y que en esta vida *que sale del corazon*, como le dijo el domingo último á la señorita doña Dionisia Prieto un hermano suyo, calificándose á sí mismo de *férvido hermano*, despues de allanar los obstáculos, es preciso vencer los inconvenientes, para seguir luchando con las dificultades.

Pero por desgracia yo no tengo inventiva, ni me da el naipe para los descubri-

mientos, como lo prueba el no haber hasta la presente construido ninguna catedral gótica. Digo esto, porque *Mr. Duval*, autor de reconocida inteligencia, como que está condecorado con la Legion de Honor, publicó en 1843 un precioso Atlas universal de ciencias, citando, entre los mas notables descubrimientos humanos, la catedral de *Nuestra Señora de Paris*, y así nos sacó del error en que vivíamos, los que mirábamos los edificios como construcciones y no como invenciones ó descubrimientos. Verdad es que *Mr. Duval* comprende tambien en el número de las invenciones mas portentosas *el arte de salar los arenques*, cosa que casi me quita la respiracion, porque pensaba yo antes que una vez conocida la sal, daba lo mismo hacer aplicacion de este artículo á los arenques que al tocino; pero al ver que *Mr. Duval* coloca el arte de salar los arenques al lado del descubrimiento del álgebra, de la brújula, de la pólvora y aun del Nuevo Mundo, y considerando que un caballero de la Legion de Honor no puede equivocarse aunque quiera, empiezo á sospechar que el arte de salar los arenques ha de ser cuando menos tan difícil como poner una pica en Flandes.

Tengo además otra razon para no meterme en invenciones ni en descubrimientos, prescindiendo del mal pago que se suele dar en este mundo á los que algo inventan ó descubren, y es que puedo llevarme

un solemne chasco creyendo de buena fé que lo que yo haga debe pertenecerme, siendo así que casi todo lo que otros hacen pertenece de derecho á los paisanos de *Mr. Duval*, los cuales reclaman con mucha frecuencia la gloria de algunas invenciones y no pocos descubrimientos debidos evidentemente á hombres de otros paises. Si dudas, calla, dice Zoroastro. Pues ya callo, y prometo no decir oste ni moste, aunque oiga circular la noticia, que seguramente vendrá á sorprendernos cuando estemos mas desprevenidos, de que el que inventó el estrecho de Gibraltar y el que descubrió la luna, eran franceses.

Entre tanto, conste que el *Moro Muza* se halla instalado, es decir, que ha tomado casa, y el que tal hizo, bien puede ya poner, no digo una, sino muchas picas en Flandes. Un ilustre poeta llamado Racine, cuando le preguntaban si daría pronto á luz alguna tragedia, dicen que decia: «ya tengo una casi concluida, pues no me faltan mas que los versos,» y eso mismo dice el *Moro Muza*, el cual viéndose instalado, cuenta ya como realizados todos sus filantrópicos designios.

Porque han de saber ustedes que el *Moro Muza* es un filántropo de primera tigeria, virtud de que puede alabarse, aun á riesgo de que le digan lo que un poeta contemporáneo dijo de cierto sugeto que se jactaba de tener una nariz de las mas enormes y descomunales:

Naríz grande y asombrosa
tiene Tonjiliano, es llano;
pero es que el tal Tonjiliano
tampoco tiene otra cosa.

Sin poderlo remediar me rebientan las digresiones, y eso que yo las hago también muy á menudo y sin poderlo remediar. Iba, pues, diciendo, señores, que las instalaciones en esta ciudad son muy difíciles, y así se explica lo mucho que han tardado en instalarse las cañerías del gas, pues hace más de diez años que se emprendió la obra con ahinco, y sin embargo, todavía quedan allá en estramuros algunas calles alumbradas con aceite. Ahora será muy justo que sepan ustedes de que modo se instaló el *Moro Muza*.

Lo primero que naturalmente le ocurrió fué buscar casa, y después de recorrer la población en todas direcciones, se fijó en una habitación alta que vió en la calle de las Virtudes. Debe suponerse que, para no llamar la atención, el moro tomaría el trage de los europeos, y conviene añadir que para no esponerse á un extravío fué acompañado de un caballero, ya práctico en esta ciudad, con quien había trabado amistosas relaciones. En cuanto á la preferencia que dió á la citada casa, no lo hizo tanto por las comodidades que esta ofrece, pues solo constaba de siete ú ocho piezas, cuanto por estar en la calle de las Virtudes, por que presumía que viviendo en una calle designada con tan hermoso nombre, no podía menos de tener excelente vecindad.

Dicho y hecho: el *Moro Muza* y su amigo quisieron saber á donde vivía el casero, y cuando les dijeron que á lo último de la propia calle de las Virtudes, se llenaron de júbilo, entrando en los más vivos deseos de conocer á un hombre que había elegido para vivir el extremo de una calle donde todo debe ser selecto, y guardar la proporción de la distancia. Echaron, pues, á andar yendo tan peripuestos y empaquetados, que ellos mismos se infundían mutuamente respeto, y preguntando por el número de la casa á donde se dirigían, les contestó uno de los transeúntes diciendo que debía estar hacia las últimas cuerdas.

—¡Como! exclamó el *Moro Muza*; ¿pues qué, hay cuerdas en la calle de las Virtudes?

—Lo mismo que en las demás, contestó el amigo acompañante, porque aquí se da el nombre de cuerdas á lo que llaman en Madrid manzanas.

Estupefacto se quedó el *Moro Muza* con este descubrimiento, porque no podía concebir que recibiesen el nombre de cuerdas los lugares habitados por personas. Es verdad que las tales cuerdas tampoco tienen la forma ni el sabor del fruto que en mal hora comió nuestro padre Adán, y por consiguiente, no hay ninguna razón para que se llamen manzanas; pero de todos modos parece muy extraño que unas mismas cosas tengan en el mismo idioma nombres tan diferentes.

Infiérese de aquí, que en algunas partes donde se habla el castellano hay un lengua-

je convencional que es preciso aprender para que uno pueda saber lo que se pesca. Por ejemplo, el verbo *regalar*, según lo poco que el *Moro Muza* conoce de la lengua española, quiere decir: dar voluntariamente alguna cosa, como presente, memoria, ó fineza, sin ninguna retribución, y sin embargo, el otro día se convenció de que dicha palabra debe tener para algunas personas una acepción muy distinta, según el siguiente anuncio que leyó en la *Prensa de la Habana*: «REGALADOS. En la calle de..... se halla de venta una partida de botines para señora, á cuatro y seis reales fuertes par.» ¿Que quiere decir esto? Que el autor del anuncio pone precio á sus obsequios, y que si algunos regalan botines dándolos de valde, otros los regalan á razón de cuatro y seis reales fuertes, sin que por eso dejen de ser regalados.

Mucho han estrujado los poetas el magín para buscar términos de comparación á las cosas largas. Cuando *El Moro Muza* tenga que ponderar la longitud de algún objeto, dirá que es más largo que la calle de las Virtudes, pues en efecto, la encontró interminable, y esto mismo le indujo á formar un elevado concepto de esta población, pues decía para sí: necesariamente abundan aquí mucho las virtudes cuando ha sido preciso construir una calle tan larga para contenerlas. Además, según el *Moro Muza* iba andando, hallaba cada vez más analogía entre la cosa y el nombre, porque todo el mundo sabe que el camino de la virtud, florido al principio, va después siendo cada vez más angosto é inaccesible, razón por la cual hay pocas personas que le sigan hasta el fin, donde hallarían la debida recompensa. Efectivamente, la calle de las Virtudes que empieza en una bonita alameda, va luego presentando un aspecto muy triste y ofreciendo, á medida que por ella se avanza, un cúmulo tal de rocas escarpadas, torrentes y precipicios que se hace intransitable. Tan pronto era preciso cruzar de una acera á otra para salvar un páramo, como volver al punto de partida para evitar un escollo mayor. Por un lado se veía un puente provisional de madera, por otro un pantano, y más de cuatro veces hubiera el *Moro Muza* renunciado á su empresa, sino hubiese tenido tan vehementes deseos de conocer al casero que vivía en lo último de la calle de las Virtudes. Y no recuerdo, francamente, si dicha calle se encuentra en plano horizontal ó inclinado; solo, si, puedo decir, que por donde quiera que la tal calle se tome se hace cuesta arriba el camino.

Por fin, al cabo de dos ó tres jornadas largas en que el *Moro Muza* y su amigo sudaron el quilo, vieron el número de la casa que buscaban, y esto les consoló, tanto por satisfacer la ansiedad de conocer al casero, cuanto porque allí esperaban sentarse un rato á descansar, que en aquel entonces era lo que más necesitaban. Llamaron, pidieron permiso para entrar, pasaron adelante, saciaron el deseo de ver al Lombré que iban buscando y á quien saludaron con palabras y cortesías de la más refinada

educación, espusieron el objeto de su larga romería, y á todo esto el casero, sin dignarse brindarles un asiento, empezó á mirarlos de arriba á abajo con espantados ojos, como si quisiera echar con cajas destempladas á los que seguramente no le inferían ninguna ofensa por ir á tratar del alquiler de una casa, en cuya puerta vieron el anuncio correspondiente.

¿Si nos habrá conocido este buen señor, y por eso nos trata con tan poca benevolencia? decía para sí el *Moro Muza*; y ya estaba casi arrepentido de haber tenido la imprudencia de presentarse á tratar de los alquileres de una casa con todo un casero, cuando este, aunque duplicando en el ceño las muestras de su enojo, hizo con la cabeza un movimiento como para significar que tal vez alquilaría la casa desalquilada, pero ni por señas siquiera indicó á los fatigados viajeros que podían sentarse si gustaban. Preguntó entonces el *Moro Muza* cuánto sería el alquiler mensual de la casa, y al oír esto le lanzó el casero una mirada terrible que le causó escalofríos, pues no parecía sino que ya el hombre estaba para dar un estallido á fuerza de oír preguntas impertinentes. Después se debió calmar un poco y tomó por un rato, casi tan largo como su calle, la actitud del que medita lo que ha de responder. El *Moro Muza* entre tanto estaba formando calendarios alegres. Por lo poco que había visto y oído calculaba que lo más que le costaría la casa serían cuatro onzas al mes, es decir, lo que cuesta un casi palacio en otras partes, y aun se hacía la ilusión de que tal vez la obtendría por tres y media. “Puede, dijo el casero, que se pueda dar en doce onzas,” y este *puede que se pueda*, fué pronunciado con tal acento de duda, que parecía envolver algunos otros requisitos equivalentes á poner una pica en Flandes.

Tiene razón el *férvido hermano* que cantó los natales de la señorita Doña Dionisia Prieto; hay momentos en que *la vida sale del corazón*, y el que pasó el *Moro Muza* oyendo lo de las doce onzas fué uno de esos atroces momentos. Para no prolongarlo, se despidió cuanto antes emprendiendo con su amigo la retirada, en la cual ambos pasaron los trabajos y sudores á que ya se habían acostumbrado en su primer viaje. Mirándolo bien, la casa de las doce onzas mensuales era barata, no porque valiese más de cuatro, aun considerando los elevados precios que por acá tienen los alquileres, sino porque siendo verdadero el refrán que dice *lo barato es caro*, debe admitirse la recíproca y sostenerse que *lo caro es barato*, solo que el *Moro Muza* no quiere acabar de comprender estos axiomas.

Cuento sería tan largo como la calle de las Virtudes el referir lo que corrió el *Moro Muza* para encontrar una casa en tierra, por la sencilla razón de que aquí todas andan por las nubes. En unas partes, prescindiendo del precio, veía que ninguna puerta tenía cerradura, ó que había más goteras que tejas ó que la cañería de las aguas estaba interrumpida, y le decían que todos estos reparos debía el inquilino hacerlos á su costo, sin

perjuicio de firmar un documento en que constase haber encontrado la casa corriente de todo, y obligándose á dejarla mas nueva y flamante que cuando en ella entró; pero en lo que todo los caseros estuvieron conformes, fué en exigir un fiador de conocida responsabilidad, condicion *sine qua non* para que el hombre de mejores antecedentes pueda elevarse aquí á la categoria de inquilino.

Haga quien pueda la cuadratura de este círculo vicioso. Para que un hombre tenga en una poblacion quien responda por él, es preciso que haya sido inquilino algun tiempo, sin lo cual ha de carecer de relaciones forzosamente, y para ser inquilino necesita que le fie una persona de responsabilidad. Esto se parece algo á lo de aquel filarmónico que no pensaba comprar violin hasta que aprendiese á tocar dicho instrumento con perfeccion, y no podia dedicarse á estudiar el citado instrumento por falta de violin. Supongamos que el célebre Caton resucitase y quisiera venir á esta ciudad recomendado no solo por sus virtudes, sino por los capitales que tan malamente adquirió su compatriota Verres. ¿Que sucedería? Que necesitando ser inquilino para que le fiasen, y que le fiasen para ser inquilino, tendría que renunciar á poner casa y largarse otra vez á Roma por todo.

Sucede otra cosa en los pueblos donde todavia se conserva la costumbre de las fianzas, y es, que habiendo casi todos los que pueden servir de fiadores llevado algunos petardos, el que mas y el que menos ha jurado ya no fiar ni á su padre; de modo que si por esta razon las personas ya conocidas tienen gran dificultad en hallar quien responda por ellas, ¿que será con las desconocidas? Sin embargo, el público es benévolo y el *Moro Muza* encontró la garantia necesaria para instalarse en la casa de la calle del Sol número 116, que tiene la honra de ofrecer á sus muy amados lectores.

Despues de tener casa y muebles, calculó que no podria humanamente pasar sin un portero que guarde todo cuanto hay que guardar, menos la puerta; una criada de mano que gane mucho por no hacer nada, ni con la mano ni con el pié; una cocinera de las que apenas tienen tiempo para guisar lo que comen, y una lavandera que rompa la ropa limpia para ensuciarla; pero aunque todo lo concerniente al servicio doméstico vendria de molde al describir las dificultades de la instalacion, merece capítulo separado, y no será extraño que lo tenga. Por hoy, basta decir que el *Moro Muza* se halla ya instalado como honrado vecino de esta ciudad, ó en otros términos, que puso una pica en Flandes.

El Moro Muza.

LLEGAR A TIEMPO.

Cuando yo voy á una casa
En busca de diversion,
Ya se sabe lo que pasa,
Y es que no falta funcion.
O hay de celos cantinelas,
O reina dolor de muelas,

O están por alguna muerte
Vertiendo copioso llanto,
Que siempre ha sido mi suerte
Llegar y besar el santo.

A todo juego es tan llana
Mi dicha de Lucifer,
Que sé que nadie me gana.....
En la gloria de perder.

Mas, donde no tengo par
Es en los juegos de azar.
Siempre cantan treinta y una
Cuando yo digo: «me planto,»
Porque siempre es mi fortuna
Llegar y besar el santo.

Quiso Andrés con sable corvo
Dar á Pedro una paliza,
Y si no llego y lo estorbo,
Vive Cristo que le atiza.

Mas, al notar mi interés,
Fué tan político Andrés,
Que me pegó á mí de corte
Por darle al otro de canto,
Y es que yo tengo por norte
Llegar y besar el santo.

He conocido á una bella
De las de «con verlo basta.»
No puede darse doncella
Ni mas linda ni mas casta.

Como ella estaba vacante,
La solicité al instante,
Y me dió sin pesadumbre
Calabazas, no me espanto,
Porque al cabo, es mi costumbre
Llegar y besar el santo.

A otra dama conocí
Mansita como una malva,
Tanto que dije entre mí:
«La ocasion la pintan calva.»

Para no pasar por topo,
Echarla quise un piropo,
Y me arañó, la muy perra,
De santidad con el manto:
A esto se llama en mi tierra
Llegar y besar el santo.

Hasta la sin par Lolita,
Jurándome eterna fé,
Anoche me dió una cita,
Y tan á tiempo llegué

Que oí, sabiéndome á acíbar,
Estas palabras de almibar:
«Adios, astro vespertino.»
«Adios, seductor encanto.»
¡Ah! no hay duda, es mi destino
Llegar y besar el santo.

No brincan mas, voto á tal,
Oliendo el lobo, las cabras,
Que yo cuando por mi mal
Oí tan tiernas palabras.

¡Y si al fin fueran juguetes
De dimes y de diretes!
Otras cosas imagino
Que con gran dolor aguanto,
Porque sé bien que es mi sino
Llegar y besar el santo.

Por no tener una blanca
No me he metido á casero;
Mas..... la gente ha de ser franca,
Y todo decirlo quiero.

Si yo una casa comprase
Y asegurarla olvidase,
Al punto se quemaría
Por mas que fuese de amianto,

Lo cual para mí seria
Llegar y besar el santo.

Para acabar mi querella
Pondré un caso sin segundo.
Tal es la plácida estrella
Que me alumbra en este mundo,
Que á guardar yo mi dinero
En casa de algun banquero,
Hasta Rotschild quebraria
No sé cómo ni por cuanto,
Mas sé que es la estrella mia
Llegar y besar el santo.

Almanzor.

MI PROFESION DE FÉ.

No hay remedio: estamos en campaña.
Ninguno puede decir: de esta agua no beberé.

El Moro Muza, se empeña en que he de escribir en su periódico y hay que darle gusto al *Moro Muza*. Otra vez me lo dará él á mi y nos complaceremos recíprocamente.

La reciprocidad antes que todo: menos en el amor, por supuesto.

En ese terreno la encuentro de sobra.
Me gusta que me quieran sin tomarme yo el trabajo de querer.

Exijo mucho, mucho amor, en cambio de un poquito que yo dé, y esto consiste en que creo el mio de mejor calidad que el de la muger.

Por eso quiero que ella me dé mas: para que la cantidad supla á la calidad.

Estiro un poco la nariz para encaramar sobre ella los quevedos, enristro la pluma y me lanzo á la palestra.

Parodio el célebre dicho de los gladiadores romanos al Cesar:

El que vá á escribir os saluda.

Quien me haya conocido antes sin quevedos, no debe estrañar el que ahora los use.

Lo que debe estrañar, es el saber que no veo una palabra cuando me los pongo.

Tal vez me pregunten que por que los uso.....

No tengo que dar cuenta á nadie de mis operaciones, y harto haré con decir que el ponerme los quevedos es una operacion como otra cualquiera.

Como quiera que las narices son mias, hago de ellas lo que me dá la gana, y tanto puedo empinar sobre ellas los quevedos, como colgarles un pepino si se me antoja.

Pero ahora no son los quevedos los que me impiden el escribir, sino el maldito inconveniente de no saber por donde empezar; aunque noto ciertos barruntos de haber empezado ya.

¡Si supiera improvisar!..... veremos.

Me planto encima de una silla, impongo silencio á los que me rodean, gesticulo y llamo la atencion; bien ó mal llamada, eso no importa.

A la sombra de una palma
Cantaba un pájaro triste,
Que vió perdida su calma
Porque le faltó el alpiste.

Pero esto no va bien; todo el mundo sabe que á ningun sinsonte le falta una palma que le dé sombra, así como siempre tiene á mano una enramada donde posarse para lanzar al aire sus sentidas quejas.....

Estoy molido, asendereado, porque el tren de la Habana á Guanajay, tiene el mismo movimiento que el de una carrreta.

Hé aquí un bonito modo de decir que estoy en Guanajay.

Si ustedes lo han comprendido así, así será.

No me gustan las disputas y mucho menos las riñas.

Sin embargo, si yo fuera francés hubiera reñido con los austriacos; si fuera italiano hubiera reñido también contra los austriacos, y siendo austriaco hubiera reñido contra los franceses y los italianos juntos.

Pero eso sí, bien italiano, bien francés ó bien austriaco, á mí no me hacen tragar la paz de Villafranca.

Esto vá en gustos, y cada uno tiene los suyos.

Yo soy mas aficionado á las nueces que al ruido, y allá, segun creo, fué mas el ruido que las nueces.

Quedesentado, pues, que solo siendo francés, italiano ó austriaco hubiera reñido, pero no siéndolo, quiero éstar bien con todo el mundo.

Hé aquí el sistema que quiero seguir para en adelante.

Por si acaso me dá la humorada de seguir escribiendo, como es muy posible, en este nuevo periódico, voy á esponer, para que á nadie le coja de susto, la línea de conducta que me he trizado para lo sucesivo.

Empiezo por abjurar mis antiguos errores.

No quiero hacer lo que en mis juveniles años, que aplaudía lo bueno y condenaba lo malo.

Cada uno haga y diga lo que quiera y con su pan se lo coma.

No hay que meterse á enderezar entuertos, porque peor es meneallo.

Lo principal para vivir bien y á gusto, en este pícaro mundo, es decir á todo: amen.

Si volviera la Gazzaniga á la Habana me haria Gazzaniguista, sin dejar por eso de ser Gassierista. Por ahí se puede calcular mi afición á la armonía.

Si oigo versos malos aquí ó allí, allá ó acá..... aplausos estrepitosos.

La compañía de zarzuela que se halla actualmente en el teatro de Tacon; se porta regularmente, segun dicen, pero si se portase mal, que lo dudo, no sería yo el que abriera la boca para criticarla.

Si fuera posible que la compañía dramática que está en la Gallera de Guanajay, lo pudiera hacer mas mal de lo que algunas veces lo hace, siempre tendría en mí su mas apasionado admirador, y si diera peores comediones de los que dá, yo aplaudiría á voz en grito al autor y á los actores.

Cuando al despuntar la aurora en alguna bella mañana, vea algun sinsonte cantando en la enramada, buscaré la sombra de una palma para mejor deleitarme en sus gorgeos.

Si llega el caso de que un sobrino, pasando por el bosque umbrío, dispare el fusil de su tío, aunque le huya por temor de que me hiera, entonaré un himno en su alabanza.

Si veo escrito en algunos periódicos de la capital, Galeano por Galiano, diré que tienen razon, porque cada uno escribe las palabras como le da la gana, y nadie tiene derecho á criticarlo.

Ya es harto sabido el cuento de aquel que escribía jarbanzos por garbanzos y de-

cia que si la Academia tenia su ortografía, él tenia la suya.

¡Pardiez que este mozo era de los míos! Las mugeres, sobre todo, tendrán en mí un constante defensor: de sus gracias y atractivos las bonitas, de sus desgracias y triste catadura las feas.

Y hasta las viejas y hasta las tias, tendrán en mí un justo apreciador de sus hechizos y de sus postizos.

El malakoff ocupará un lugar preferente en mis artículos, defendiéndolo solo porque es moda. El día que las bellas lo releguen al olvido y les dé el capricho de colgarse una zanahoria en la punta de la nariz, condenaré el malakoff y defenderé la zanahoria.

Maldita la gracia que encuentro á las pamelas, mosqueteros ó como se llamen; pero sabré defenderlas á todo trance puesto que se usan, y cuando los hombres dejen la bomba por el chambergo, si aquella la adoptan las mugeres, no habrá para mí mas bonito adorno que el de una bomba sobre la cabeza de una muger.

Si una muger me habla mal de su marido, le daré la razon á la muger; pero si despues me habla el marido mal de la muger, daré la razon al marido.

Y en esto creo que no iré muy descaminado, porque cuando un matrimonio riñe, difícilillo es saber de parte de quien está la razon.

En fin, mi principal empeño y mi mayor conato será complacer á todo bicho viviente, desde el mas alto almas pequeño, porque ese es el único modo de vivir en santa paz y no esponerse á que por un quitame allá esas pajas le den á uno un garrotazo que lo deje patitieso.

Concluyo, pues, con las palabras del ángel: Ave-Maria.

Y por posdata, añado:

Que pues nada ya me asusta,
como lo digo lo haré,
si á mis lectores les gusta
la tal *profesion de fé*.

Mehemet-Calderon-Alt.

GRAN TEATRO DE TACON.

ÓPERA CÓMICA ESPAÑOLA.

Un hijo de su padre.—Encuentro feliz.—El Moro Muza y su comitiva en el Gran Teatro.—Opinion de dicho señor Moro sobre la zarzuela.

¡Loado sea Dios! ¿Quién habia de pensar que al Moro Muza le estaba esperando en la Habana, hace la friolera de veinte y pico de años, nada menos que un hijo del Judío errante? Pues, señores, nada es mas cierto. Parece que el tristemente célebre D. Juan, el andariego, dejó aquí de paso, como los peces, á un vástago suyo, al mismo tiempo que derramaba sobre esta siempre fiel isla algunos polvos de cólera morbo. El referido vástago recibió, por via de alimentos y como memoria, uno de los clavos desprendido de los descomunales zapatones de su señor padre, quien le dijo con voz de trueno: "Ese clavo será el origen de tu fortuna, si de él sabes servirte. Algun día, que no está muy lejano, vendrá por estos barrios el nunca bien ponderado *Moro Muza*, á quien tratarás mejor que si no fuese moro, sirviéndole de *cicerone*. He dicho." El pobre mozo guardó el clavo como oro en

polvo, y desde aquella fecha, como hijo obediente, andaba hecho un papanatas por esas calles de Satanás, preguntando á todos los californianos barbudos si tenia el honor de hablar con el Moro Muza.

Sucedio que, dias pasados, nuestro illustre gefe, nuestro generoso anfitrión, quiso obsequiarnos con unos ricos dulces de la confitería de Brunet-Alí; porque es bueno que sepan todos los que las presentes leyeren, si saben leer, que con los demás no se habla, que el Sr. de Muza corre con todos los gastos que origine su viaje y el de su comitiva. Se dirá, quizás con razon, que es una mengua, por no decir otra cosa, que unos califas como nosotros que hemos gobernado ricas provincias, nos dejemos querer tan suavemente; pero.....; como ha de ser!..... la guagua ha cundido en todas las regiones del globo de una manera asombrosa.

Pues, como iba diciendo, estábamos el Sr. de Muza y sus leales amigos en el mencionado establecimiento de Brunet-Alí, zampándonos como si nadie nos viera, cada cual media docena de *píos-nonos*, sin saberlo, pero que nos sabian muy bien, cuando hete aquí que se apareció un individuo que enfrentándose con nuestro obsequioso gefe, le dijo: «Os conozco, señor, sois el Moro Muza; permitidme que os dé un abrazo.» El Moro Muza, que es de malas pulgas, iba á contestar, furioso de que le hubiesen descubierto, á pesar del riguroso incógnito bajo el cual viajaba; pero no pudo verificarlo, por tener la boca deliciosamente ocupada con dos *píos-nonos*. Acerquéme yo entonces y llamando á aquel individuo aparte, le recomendé el mayor sigilo respecto del Moro Muza y su séquito. Dióse á conocer, enseñó el clavo, y á la vista de este talisman, nuestro gefe, que estaba en autos, dió al mozo un enorme beso en la frente, demostracion de aprecio que conmovió al muchacho en lo mas recóndito de sus ojos.

Repuesto el joven de su emocion lacrimonial, nos dijo que se llamaba Juan, como su errante padre; que, merced á una mano misteriosa, recibia una mesada suficiente á permitirle seguir la carrera del autor de su existencia. Brindó sus servicios al Moro Muza, como *cicerone*, y habiendo todos nosotros mostrado vivos deseos de ir á la zarzuela, de la cual tantos elogios se hacian, prometió acompañarnos aquella misma noche al teatro.

Así lo verificó el amigo D. Juan, quien, provisto de los correspondientes billetes de un palco, que le costó de relance un semicongo, como dicen en esta bendita tierra, nos introdujo en el vasto coliseo de estramuros, recientemente reparado y embellecido. Numerosa era la concurrencia que ya habia invadido el inmenso circo.

Trasladaré fielmente al papel la conversacion que tuvimos allí.

El Moro Muza (atusándose los bigotes).—Segun veo, hay verdadera afición en este país al espectáculo lírico.

Mustafá.—¡Cáspita! y ¡cuántas sultanas!

y ¡cuán graciosas! ¡Qué trages tan elegantes!

Soliman.—Agrega, Mustafá, que no esperabas encontrar en el cútis de las hijas de los trópicos, tan deliciosamente hermanados los colores de la púrpura rosa y de la alabastrina azucena.

D. Juan, (al Moro Muza.)—Hay mucho que hablar sobre eso, Sr. de Muza; al espectáculo lírico concurren cinco clases de espectadores, á saber: los que vienen á ver todo menos el escenario, los que vienen á que los vean, los verdaderos *dilettanti* que vienen á oír cantar, los que vienen, no á oír la música, sino á enterarse del argumento de la pieza viendo representar á los actores, y por último, los que ni vienen á oír ni á ver, y sí á criticarlo ó aplaudirlo todo á troche y moche.

Mustafá.—Creo que hasta ahora va teniendo razón nuestro amable *cicerone*, pues reparando estoy que algunas damiselas de los palcos y algunos monsiures de las lunetas no hacen mas que mirarse.

El Moro Muza.—Y ¿qué han de hacer? Este buen Mustafá es tan enamorado como celoso. A propósito, no acabaste de contarme tus numerosas conquistas durante tu califato..... y dígame V., amigo Don Juan, ¿quién pintó ese telon que representa á tantos paisanos míos muertos ó prisioneros?.....

D. Juan.—Lo ignoro; lo único que sé, es que llaman á este telon el «*de los moritos*»

El Moro Muza.—(girando los ojos como niño lloron.) Voto á..... mi abuela Hashic Malandran..... que no fué moro el tal pintor.

D. Juan.—Silencio, señores, que ya la orquesta va á tocar la obertura ó prelude.

El Moro Muza.—Que zarzuela representan esta noche?

D. Juan.—“Los diamantes de la corona”

El Moro Muza.—Mucho me alegro, pues he visto esa obra en París, en el teatro de la Opera cómica, y así podré comparar.....

D. Juan.—No haga V. tal, señor de Muza, que las comparaciones además de ser odiosas, son el escollo de las compañías. La empresa de la actual, ha cometido, en mi concepto, dos faltas imperdonables en personas avezadas en achaques teatrales. La primera es la de haber, con tambores y clarines, ensalzado hasta las nubes una compañía que si bien en su conjunto es bastante buena, no ha confirmado ni podido confirmar la fama colosal de que venia precedida; y la segunda falta, menos disculpable aun, es la de haber estrenado la referida *troupe* con obras ya conocidas, cuyas gratas reminiscencias conserva aun tanto frescas el público, y contra las cuales, sea dicho en honor de la verdad, no ha luchado victoriosamente la laboriosa compañía que al presente poseemos.

El Moro Muza.—Amigo, el que dá primero, da dos veces. Silencio..... La orquesta me agrada; hay *ensemble* y afinación; pero esa música..... amigo mío, me está oliendo á *macarroni*.

D. Juan.—Como es la que está de moda..... la que agrada.....

El Moro Muza.—Ya..... pero una zarzuela española con música italiana, es una cosa tan peregrinamente inadecuada como parecería yo con este traje á la francesa si supiesen que soy hijo de la media luna. ¿No tiene España su música especial como la tienen Alemania y Francia? Al que le plazca la música italiana, que vaya en buen hora á disfrutar de las melodías de Donizetti ó Verdi, que no faltarán adeptos á la música nacional. ¿No tiene por ventura España buenos compositores que sepan amoldar sus inspiraciones al ritmo, al carácter peculiar de su nación?

No posee, además, escritores y poetas que compongan libretos originales en vez de ofrecernos esas traducciones forzadas, truncas y no pocas veces disparatadas de las peores obras de Scribe?

D. Juan.—Dice V. bien y está V. hablando como el padre..... quiero decir, como un Séneca. Hay en España muchas y buenos poetas..... y si hiciesen falta..... por acá tenemos una remesa de ellos que no se harán de pencas cuando los conviden á *versar*.

El Moro Muza.—(aplaudiendo) Bravi, bravi i cori..... ahí tiene V. un cuerpo de coros excelente y bien nutrido.

D. Juan.—Oigamos al tenor.

El Moro Muza.—Buena figura, rostro simpático..... bien..... muy afinado..... La voz es muy agradable, si bien carece de timbre y de volumen. En un salon lucirá mucho ese jóven. En un teatro como éste, si sigue cantando, acabará por *gritar*, y sería una lástima, porque con el tiempo, y sobre todo con estudio, puede llegar á ser un buen tenor *di grazzia*.

D. Juan.—Advierto á V., Sr. de Muza, que el Sr. Grau no es el tenor gracioso.....

El Moro Muza.—Yo sé, amigo D. Juan, lo que digo: hay tenores *ligeros* y tenores de *fuerza*. El Sr. Grau es y será siempre un tenor ligero, *di grazzia*. Como actor, deja mucho que desear.

D. Juan.—¡Hola! Ahí tiene V. á la Srta. Ramirez.

El Moro Muza.—Desde ahora apuesto mil piastras con Mustafá, que bastantes apioló allá en Tánger, á que esa jóven es buena, buenísima actriz. Eso se conoce hasta en el modo de pisar las tablas. ¿No lo dije? Todo en ella es naturalidad.

Mustafá. Tiene un palmito de cara muy gracioso. ¡Eh!

El Moro Muza.—Atencion.

Soliman.—¡Hermosa voz! ¡Cuan fresca es!

El Moro Muza. Cabalmente es todo lo contrario. La voz de esa jóven es débil y cansada, quizás de resultas de su excesivo trabajo ó estudio antes de estar desarrollada completamente. Puede tambien haber contribuido á la carencia de su claridad y timbre, la organizacion peculiar de esa agraciada artista. El poco volumen de su voz impide que brille en las piezas concertantes, y debilita los trozos de alguna ejecucion. En cambio su método de canto es intachable. Esa jóven es una artista y no muy comun por

cierto. Como actriz, es sobresaliente; sabe sentir y hacer sentir.

D. Juan.—Ahí tiene V. al Sr. Barba.

El Moro Muza.—Buena voz; y si el Sr. Rebolledo abriese un poco mas la boca, facilitando un poco mas de aire á su robusto órgano, resonaría este con mayor limpieza y dulzura. El mismo defecto se nota en el laborioso y apreciable bajo de la Compañía, cuando habla. Esto me parece fácil de corregirse, con solo figurarse que se dispone á zamparse un par de *píos nonos* de Brunet-Alí, de los que me propongo repetir despues del espectáculo. Por lo demás, Barba es un buen actor á quien con justicia estima el público.

Mustafá.—¡Hola! ¡Cuántas damiselas cantando...!

El Moro Muza.—Para coro de mugeres no es tan malejo este. Generalmente pecan esas señoras de cortas de genio, y esoperjudica sobremanera al debido conjunto y robustecimiento de los coros. No son pocas las señoras coristas que se contentan con abrir tamaña boca..... que no parece sino que van á gritar á fuego. No han aprendido esa gracia con Rebolledo.

D. Juan.—Presento á Vd., Sr. de Muza, á la Sra. Uzal.

El Moro Muza.—Bien... muy bien. Esa Sra. tiene una voz dulce, clara, argentina y simpática: se nota en ella una muy buena escuela de canto. Esa artista no posee una gran egecucion, no acomete dificultades, pero lo que egecuta lo desempeña con suma ligereza y bastante perfeccion. Si se la juzga como actriz..... se echa de ver que aun tiene miedo á las tablas, y de aquí nace su frialdad en los diálogos y en las situaciones mas dramáticas.

D. Juan.—Ahí tiene usted al Sr. Rojas.

El Moro Muza.—Se conoce que ese Sr. tiene menos confianza en sí propio que en el público.

D. Juan.—Esa es una de las víctimas de los desaciertos de la Empresa; y prueba de ello es que en los papeles que ha desempeñado en obras no conocidas del público, ha sido muy aplaudido, mientras que en las zarzuelas viejas no ha logrado el éxito mas lisongero.

El Moro Muza.—No me parece un mal actor: en cuanto á su voz, demasiado buena es para un tenor cómico, que viene á ser un caricato, de quien no se exige un órgano privilegiado.

D. Juan.—Siento que no trabaje esta noche el Sr. Folguera, barítono de la Compañía. Es un buen actor que constantemente anima la escena. Desempeña todos sus papeles con entusiasmo, con verdadera conciencia, y aunque su voz no se conserva al llegar al final de las piezas que egecuta con el mismo timbre y vigor que al principio de ellas, no obstante, el público agradece los esfuerzos de Folguera y le aplaude siempre. Para bufo caricato vale este apreciable actor..... una California.

El Moro Muza.—Me parece, amigo Don Juan, aunque yo entiendo poco de estas cosas, que esos trages que los actores presentan en la escena no guardan la mayor analogía.

D. Juan.—Eso no lo estrañe usted, señor de Muza, porque como nadie ha averiguado hasta ahora la época en que tiene lugar la chusca historia de la reina-bandolera Catalina de Portugal, para amoldar á aquella los correspondientes trages..... el señor Director de escena hubo de decir para su capote: allá te van, ¡oh benévolo público! trages que pertenecen desde el siglo XII hasta el presente de gracia, para que queden todos los gustos satisfechos.

Y en esto auduvo muy acertado el señor Director, á quien debemos un voto de gratitud por habernos ofrecido, como apéndice á la zarzuela, un museo completo de trages y peinados de una porción de siglos.

El Moro Muza.—Bien está; pero... ¿son acaso indispensables aquellos tremebundos malacoffs con que se pavonean esas señoras para guardar cierta consonancia con los anacronismos garrafales que resaltan á porfía en toda la obra?

D. Juan.—¡Ay, amigo mio!..... desde la invasión del miriñaque, ahuecador, buscapleitos, bullarengue ó malacoff, como últimamente se le ha dado en llamar, no es fácil persuadir á las actrices líricas ó dramáticas á que vistan el traje que corresponde á las épocas y lugares en que pasa la acción de la fábula dramática. ¡Dios sabe lo que cuesta alcanzar de una actriz joven y bonita, que empolve sus negros cabellos y surque su rostro de arrugas, cuando tiene que desempeñar el papel, finjado á veces, de una vieja sesentona!

El Moro Muza.—Ya..... ya..... ¿qué quiere usted? coquetería femenil; pero..... y esto lo pregunto, amigo, por lo que presencié en París. ¿Goza el Sr. Director de escena de esta Compañía de lo que llaman los franceses *embompoin*?

D. Juan.—Creo que sí.

El Moro Muza.—Pues, amigo, queda todo explicado. ¿Qué quiere usted? Debilidades humanas: él, probablemente, representará algunos papeles..... y riguroso por demás en el capítulo de la uniformidad de volumen físico, ya que no de trages..... quiere que todo marche á nivel suyo. Lo propio le resulta á un director de escena, gordiflon, si los hay, que conocí yo en París.

D. Juan.—Y en resumidas cuentas, Sr. de Muza, ¿que le ha parecido á V. la Compañía de zarzuela?

El Moro Muza.—(levantándose) Hombre, mi opinión no pasa de ser la de..... un moro que sin embargo, ha visto algo. No diré, como algunos, que la compañía es sobresaliente; tampoco apruebo que la tachen de mala. La actual Compañía es bastante buena y posee elementos para agradar al público, si se esmera en escitar la curiosidad de éste con obras nuevas y de mérito. Pues señores..... ya concluyó la función. Eso es, otra vez "Los Moritos." ¿Porqué no se les ocurrió pintar en ese telon la gran batalla de Olteniza, ganada á los rusos por los turcos? Vámonos, señores; de paso tomaremos un bizcocho *glacé* y algunos dulces, y en seguida..... á la cama. Mustafá.



Juan Tachuelas, sangrador,
es famoso sacamuelas,
pues las saca sin dolor.
—¿Es posible?—Sí, señor:
Sin dolor de Juan Tachuelas.
ANÓNIMO.

Eran las altas horas de la noche. Estábamos todos entregados á las delicias del mas apacible sueño. Reinaba en toda la casa el silencio, tan solo interrumpido de vez en cuando por la respiración algo fuerte, vulgo ronquido, de Ibrahim-Zaragale, que ocupaba la habitación alta que da al patio. Se había dispuesto administrar á aquél, al primer soplo de los nortes, unas cuantas botellas del vomí-purgante de Mr. Le-Roy, que es lo mejor, según la indicación de una china vieja de la casa, para los achaques ruidosos de la región nasal.

De repente, oímos unos ayes lastimeros y entrecortados quejidos que salían de uno de los aposentos principales.

Arreciaron dichos quejidos hasta el alto diapason de los gritos. Desperté sobresaltado y llamé á mis compañeros; éstos al negro, el negro á la negra y la negra á la china; y como por encanto ocupamos el patio provistos de trancas y palos de escoba.

Pronto descubrimos el origen de aquel nocturno estrépito. Era el bey Almanzor que luchaba rabioso contra un desenfrenado dolor de muelas.

La china vieja, aproximándose á la ventana del cuarto del pobre bey, se disponía á dar un remedio al doliente, cuando..... ¡oh desgracia! recibió en ambos ojos un enorme buche de aguarrás con que Almanzor procuraba calmar su dolor.

—Ah! ah! condenado..... ah! me han sacado los ojos!

La vieja chillaba como una rata.

El Moro Muza, que estaba durmiendo como un patriarca, se despabiló echando ternos y requiriendo una tranca.

Informado de todo, el buen Muza se rió. Quizás, dijo, sean los dulces de ayer la causa de ese dolor, ó el bizcocho helado, ó también puede ser que le haya flechado alguna de las hermosas huríes que poblaban anoche la dorada jaula de Tacon. ¡Si supiéramos donde vive el hijo del judío errante! ¡Maldita bruja que me despertó en momentos en que yo estaba soñando con el mosquetero de la señorita Ramirez y la peluca de martillo del Sr. Grau!

Entre tanto, el paciente pedía á gritos

que le cortasen la cabeza para curarse radicalmente el dolor de muelas.

Al rayar la aurora presentóse el amigo D. Juan, quien, metiendo en un carruaje al pobre Almanzor, se dirigió á la morada de un dentista de fama, como que ha estudiado en Francia, y que entre varias habilidades portentosas, posee la muy notable de sacar las muelas sin dolor. Este éxito asombroso lo debe aquel facultativo á cierto *muñequo* inimitable hasta la fecha, y que le ha valido una porción de cruces y una medalla de cobre que le regaló el síndico del valle de Andorra.

Introducidos que fueron el bey y D. Juan en el gabinete de operaciones, el célebre facultativo se presentó envuelto en una magnífica bata y con ricas pantuflas chinescas. Ofreció asientos con suma cortesía y una sonrisa de bailarín de teatro, fingiendo haber olvidado el idioma castellano para chupar el francés, y pasó en seguida á examinar las mandíbulas del afligido bey.

—Confío en la destreza de V., dijo don Juan; este caballero es muy nervioso y.....

—Caballero, la reputación que disfruto me pone al abrigo de las dudas y temores. Voyons..... señor..... abrir bien la boca.

Dijo... y armado de un descomunal *turco*, que parecía mas que otra cosa la ingeniosa máquina del garrote, se preparó á extraer la maldita muela, calados los espejuelos y ensayando en el aire el consabido *muñequo*.

El pobre Almanzor estaba valerosamente resuelto. El robusto dentista hizo presa al impertérrito hueso, y después de tres sacudidas, cuatro tirones á brazo partido.....

—Ya está fuera la condenada, exclamó triunfante el sacamuelas.....

Y enseñó la muela hecha pedazos y *ainda mais*, un regular trozo de quijada.

—¿Cuánto debo á V? preguntó D. Juan al dentista.

—Un doblon de á cuatro.....

—Yo creí que el precio de la operación era un escudo.

—Eso era antes..... señor mio..... todo ha subido un ciento por ciento..... hoy día desde el alquiler de las casas, hasta los huecos que están á medio fuerte cada uno.

Ya V. vé que.....

—Quede V. con Dios!

—Vayan ustedes con la Virgen.

Volvieron á casa D. Juan y el bey: éste sujetándose con ambas manos la estropeada

quijada, y aquél echando pestes contra los Dulcamaras de fama, agraciados con cruces y medallas.

El pobre Almanzor se lamentaba. Para consolarle, el amigo D. Juan le recitó el siguiente soneto del inmortal y aun no bien conocido Quevedo, quien lo dedicó á un sacamuelas que queria concluir con la herramienta de una boca.

¡Oh, tú, que comes con agenas muelas,
Mascando con los dientes que nos mascas;
Y con los dedos gomias y tarascas
Las encias pellizas y repelas!

Tú que los mordiscones desconsuelas,
Pues en las mismas sopas los atascas,
Cuando en el migajon corren borascas
Las quijadas que dejas bisabueltas.

Por tí reta á las bocas la corteza,
Revienta la avellana de valiente,
Y su cáscara ostenta fortaleza.

Quitarnos el dolor quitando el diente,
Es quitar el dolor de la cabeza,
Quitando la cabeza que le sienta.

Mustafá.

RECETA PARA HACER SONETOS.

Se abarcan cuatro leguas de horizonte
Con su aurora rosada y peregrina,
Y se proyecta en él una colina
Y la enramada de apiñado monte:

Se suponen los trinos del sinsonete,
En medio de la orquesta matutina,
Y se sueña una fuente cristalina
Que sus aguas altísima remonte.

Se llama dulce amigo al hombre amargo
De quien se espera azúcar, aunque corto
Sea en dar confites y en quererlos largo;

Y todo junto, en repugnante aborto,
Se mezcla, haciendo un verso rabilargo
Al lado de otro verso rabicorto.

Aliatar.

FÁBULA.

Para gozar de plácidos instantes
tuvo Juana un amante.... dos amantes....
tres amantes.... ¿qué digo? casquivana,
muchísimos amantes tuvo Juana;
cobrando fama por sin par veleta
de coqueta....y aun mas que de coqueta.
Mas ella prosiguió con tal denuedo,
que despues de tildarla con el dedo
todo el mundo decia: esa muchacha,
por mas que tenga seductora facha,
no puede ya en la vida hallar un hombre
que darle quiera con su amor su nombre.
Y todo el mundo se engañó, no obstante,
pues despues de un amante y otro amante,
y otros noventa y ocho que no cuento,
y que, sumados bien, componen ciento,
llegó á Julian su turno, el cual ansioso
de merecer el título de esposo,
halló á Juana tan púdica y tan bella
que acto continuo se casó con ella.
Y bien, caro lector, este relato
probará que era el hombre un mentecato?
Pues por mas que parezca bufonada,
todo, esto á mi entender, no prueba nada;
solo prueba el refran que hoy está en boga
de que último mono es quien se ahoga.

Ismael.

EL MUNDO AL REVES.



Quando el Moro Muza desembarcó en el muelle de Caballería de este puerto, estuvo tentado por darse á sí mismo un abrazo muy apretado, no solo por el placer de trocar un poco de mareo en otro tanto de modorra, ni por la singularidad de ver un muelle de caballería, cosa que no es muy comun, ni por tener noticias de un vapor muy velero que anda por estos alrededores, segun el anuncio en que sus armadores lo recomiendan, y eso que un vapor velero es un fenómeno mas raro que el mismo Leviatan, sino porque hacia ya mucho tiempo que deseaba vivir en un puerto de mar, nada mas que por comer pescado fresco y barato. Así lo manifestó francamente ante sus camaradas los otros moros, que se quedaron atónitos de no haber tenido ellos tan feliz ocurrencia, y para celebrarla decidieron almorzar en la misma fragata que les habia conducido, yendo todos juntos á comprar el pescado para el almuerzo.

Efectivamente, hallaron rico y abundante pescado, adquiriendo así la grata certidumbre de que el puerto de la Habana en este punto nada tiene que envidiar á los demás puertos; pero al ir á pagar el extraordinario consumo que hicieron, pues tomaron gran cantidad en la inteligencia de que casi estaria de valde, se quedaron vizeos viendo que les pedian á razon de cuatro reales libra.

—El caso es grave, dijo Almanzor, que no venia muy sobrado de recursos, y me parece que tendremos que tomar el tole cuanto antes, pues no podremos vivir aquí mucho tiempo.

—Yo espero, contestó el Moro Muza, que aquí como en todas partes sabremos hacernos acreedores.....

—Sin duda, interrumpió Almanzor, pero tantos pueden ser y tan impacientes los acreedores que nos hagamos, segun debe ser aquí cara la subsistencia.....

Iba el Moro Muza á replicar, indignado con el equívoco de Almanzor, cuando un caballero que habia oido el diálogo se mezcló en la conversacion, diciendo:

—De manera, señores, que si para vivir aquí, ó en cualquier parte, han de consumir ustedes principalmente los artículos de lujo, no deben extrañar que tan cara les cueste la subsistencia.

—Caballero, respondió el Moro Muza, yo tolero que V. tome cartas en nuestra conversacion, si es para ilustrarnos, pero no para burlarse de nosotros. ¿Puede ser artículo de lujo el pescado en un puerto de mar? Esto seria el mundo al revés.

—Cabalmente, dijo el desconocido, hay aquí una reunion de media docena de personas, en cuyo número tengo el gusto de contarme, que aspiramos á merecer una patente de invención

y hasta la inmortalidad, por haber en esa parte demostrado la posibilidad de lo imposible; tanto, que pensamos constituirnos formalmente bajo la razon social de «El Mundo al Revés», y ya que son ustedes moros, voy á explicarles lo que deberia causar asombro á los mismos judíos. Aquí, pásmese V.....

—Ya me pasmo, repuso el Moro Muza, pero prosiga V.

—Aquí, continuó el entrometido, siempre ha sido algo caro ese artículo que durante mucho tiempo estuvo, como dicen los economistas, monopolizado; pero el gobierno queriendo favorecer á la poblacion, destruyó el privilegio á fin de facilitar la baratura por el sabio principio de la libre concurrencia.

—Eso es muy natural, dijo el Moro Muza, que, aunque moro, vive muy adelantado, y aplaude siempre toda idea de progreso.

—Si, agregó el desconocido, es muy natural que el gobierno adopte medidas prudentes para hacer llevadera la subsistencia de los pueblos; pero no es menos natural que algunos individuos sirvan de rémora muchas veces á las mas acertadas disposiciones de los gobiernos. Esto es lo que ha sucedido puntualmente. Mis camaradas y yo nos hemos asociado con el objeto de elevar en la Habana el pescado á la categoria de ilustrísimo señor artículo de lujo; lo hemos conseguido, y podemos por consiguiente aspirar á que nuestra congregacion sea denominada: «La Sociedad del Mundo al revés»

—¿Pero de que medio se han valido ustedes, preguntó el Moro Muza, para hacer posible lo imposible?

—¡Oh! dijo el interrogado, eso es muy sencillo; mis compañeros y yo, compramos en globo, y á muy bajo precio, todo el pescado que viene á la ciudad, antes que llegue al Morro, donde deberíamos estar esperando el cargamento, para ver mas pronto y fácilmente cuantos barcos entran ó salen. Una vez que nos hemos apoderado de todo, lo vendemos á muy alto, mejor diré, á un precio exorbitante, como que costándonos, por ejemplo, á escudo la arroba, la damos, vendiendo por menor, á mas de doce pesos, lo que nos produce la ganga de un seiscientos por ciento, que parece mentira. Dirá V. que corremos el riesgo de que se nos pierda la mercancía, no pudiendo salir de ella por ser demasiado cara; pero todo está previsto, amigo mio. Nosotros hemos hecho un gran acopio de nieve para conservar el pescado sobrando, y como por este medio lo guardamos tres, cuatro y seis dias, y el público no tiene otro mercado que el nuestro, le hacemos la forzosa obligándole á pagar á peso de oro las indigestiones que le facilitamos; porque no dude usted que el pescado, por mas que conserve apariencias de presente ó de futuro, no deja de estar bien pasado cuando busca durante muchos dias el refugio de la nieve; de manera que nuestro sistema tiene la doble ventaja de atacar al bolsillo y al estómago. De este modo hemos conseguido dar al traste con la ciencia económica, poniendo el pescado, en un puerto de mar, mas caro que el jamon, que el salchichon y que otros muchos artículos que deberian ser los de verdadero lujo, supuesto que vienen de Europa, teniendo que pagar crecidos fletes y derechos de importacion. Hemos logrado mas, y es que en todos los puertos del mundo se coma el pescado fresco menos en la Habana. Vea V. ahora si nuestro gremio puede con justicia titularse: «la sociedad del mundo al revés» y si pero guarden el secreto, por-

que lo que acabo de decir á los moros, no conviene que lo sepan los cristianos.

—De suerte, dijo el *Moro Muza*, que esto es una serie de pescadores: los que ejercen esta industria en el mar, pescan el pescado; Vds. en su mercado pescan al público; este pesca las indigestiones con caña de oro, y así sucesivamente, aunque entre tantos pescadores solo ustedes saben lo que se pescan. Puede, sin embargo, suceder que el Gobierno y el público se aperciban de lo que pasa y apliquen el oportuno remedio; el primero mandando arrojar al mar todo el pescado que no se haya vendido á ciertas horas del día, como la misma higiene lo aconseja, el segundo absteniéndose de un artículo de que puede prescindir hasta que haga la forzosa en la baratura á los que hoy se la hacen á él en la carestía; y con este piadoso fin, francamente, pienso escribir lo que se me ocurre, aunque el asunto, como cosa de pescado, me parece algo espinoso.

Y esto diciendo, el *Moro Muza* se retiró con su comitiva, renunciando al gusto de comer pescado, para dar el ejemplo del remedio que proponía, como parte integrante, aunque infinitesimal, del público sensato.

EL MORO MUZA.

Fabulas.

Ayer un mono se miró al espejo
Y se halló demacrado, sucio y viejo;
Y torciendo de rabia los hocicos,
Hizo el espejo cuatro mil añicos.
*Si dices la verdad, lector amado,
Corres riesgo de ser despedazado.*

Un prestamista dióle veinte duros
A Pedro, que se hallaba en mil apuros;
Y él, que es un trueno, préstamo y ganancia,
Para no mas volver, llevóse á Francia.
De aquí, lector, por consecuencia saco:
Que siempre la codicia rompe el saco.

Hallándose á la orilla del canal,
Se acordó de su esposa don Pascual
Y solo por no darla un sentimiento
No llevó á cabo su fatal intento.
*En tal caso, lector, te puedes ver:
No dejes el canal por la muger.*

Una noche mi amigo don Simon
La paja se comió de su jergon.
*Quien es un animal
Ha de portarse siempre como tal.*

Para ir á casarse Juan con Juana,
Dejó de trabajar esta mañana.
*¡Que así su tiempo pierda
Una persona que parece cuerda!*

ENTRE COL Y COL LECHUCA.

Apenas la avecilla placentera
Mueve las cortas alas con anhelo,
El nido deja por la vez primera,
La vista tiende al floreciente suelo.
Y desdeñando altiva la pradera,
Audáz se lanza á la region del Cielo,
Dó, ufana, alegre, candorosa trina,
Y reina de los aires se imagina.

De su incauta ignorancia satisfecha,
Abre el nevado pico y vuela al llano,
Y el cazador astuto que la acecha,
Dispara el arma con certera mano,
El blanco pecho traspasó la flecha,
La avecilla infeliz trina en vano,
Lanza un quejido, á su verdugo mira,
Y envuelta en sangre la cuitada espira.

El Moro Tarfe.

¡¡ COSAS ESTUPENDAS !!

En uno de los periódicos que se publican en esta capital, leyó el *Moro Muza* antes de ayer la siguiente noticia local:

“EL PRÍNCIPE NEGRO, que saben nuestros lectores estaba entre nosotros, ha salido antes de ayer por la tarde á bordo del vapor correo de la Península, que lleva las intenciones de visitar á Madrid.”

¡Oh siglo fecundo en tantas maravillas! exclamó el *Moro Muza*. ¡Parece increíble! ¡Un buque de vapor que lleva intenciones... é intenciones nada menos que de visitar á Madrid!! ¡Oh tempora! ¡oh mores! ¡Y luego hablarán de los moros! ¡Cuán asombrados se quedarán los habitantes de la capital de España, al ver desembarcar al príncipe negro en la Puerta del Sol!

En la seccion de anuncios de otro periódico, leyó el califa Imael lo siguiente: “Se brinda al público una mesa redonda perfectamente servida y muy bien condimentada.” Esto es un portentoso: no dejaré yo por cierto de ir á comer algun día esa mesa redonda condimentada con *champignons* ó *petits pois*.

En una local de otro periódico leyó Soliman: “Hay un barrio, estramuros de la Habana, el cual lleva el nombre del gran marino de *Córcega*, del inmortal descubridor del nuevo mundo.” ¡Necio de mí! dijo Soliman; ¡yo que creía que Colon era *genovés*! Bien dicen que todos los días se aprenden cosas nuevas.

¡LA ENCONTRARÁ!

En una reunion de familia, á la que hace pocas noches tuvimos el gusto de asistir, escuchamos la siguiente conversacion entre una linda niña de pocos años, y un joven que por su aspecto grave revelaba no pertenecer á la importuna falange de los mozalvetes del día.

—¿En qué consiste, Emilio, que nunca veo á V. galantear á ninguna joven? ¿Las aborrece usted?

—No ciertamente; las aprecio á todas.

—Entonces ¿como no manifiesta para con ellas mas ternura?

—Porque una muger á quien se trata con demasiada ternura, cree bien pronto que es necesaria al hombre su vanidad; se llena de orgullo, y acaba ella por despreciar al mismo que la prodigó sus obsequios.

—¿Segun eso nunca amaré V.?

—Al contrario, amaré como ninguno, cuando encuentre una joven modesta que no convierta esa sublime pasion en un necio capricho de los salones de baile.

REVISTA DE SABIOS.

¿Qué cosas tan particulares tiene el *Moro Muza*? ¿Pues no se ha empeñado en sostener que los grandes hombres, entre muchas grandes sentencias, han dicho grandes pampiroladas? Y hasta cierto punto no le falta razon, segun pueden observar nuestros lectores por los siguientes comentarios:

1. «Por valiente que sea un hombre, dice *Napoleon el Grande*, siempre le place el verse fuera de peligro.»

Yo lo creo. Por eso el tal *Napoleon*, á pesar de su intrepidez, dijo en Waterloo aquello de: «sálvese quien pueda», y dejando en las astas del toro á toda su gente, no dejó de correr hasta Paris.

2. *Quinto Curcio* decia: «No hay gloria en vencer enemigos abyectos.»

Y añade el *Moro Muza*: «Menos habria en ser vencido por ellos.»

3. «Nada hagas que tu enemigo no pueda saber», dice el famoso *Séneca*.

Aquí de la fábula del cangrejo. ¿Porqué el autor de tan sana máxima moral prodigó tantas lisonjas á *Neron*, hasta cuando este monstruo hizo asesinar á su madre? Acepta el *Moro Muza* la sentencia de *Séneca*, pero cree que los filósofos debieran apoyar sus dichos con buenos ejemplos.

4. «Si la virtud tuviese la energía del crimen, poco durarian los tigres sobre la haz de la tierra.»—*Plinio*.

¿Porqué? ¿Se han metido alguna vez los tigres á combatir la virtud? Si se dijera que la energía de la virtud acabaria pronto con los malvados y que los buenos cazadores podrian extinguir la raza de los tigres, estaríamos de acuerdo.—*El Moro Muza*.

5. «Solamente en dos casos has de hablar, dice *Isócrates*. 1.º, cuando sepas de fijo lo que vas á decir. 2.º, cuando no lo puedas escusar.»

Mucho le place al *Moro Muza* esta máxima; pero encuentra el inconveniente de que ponerla en práctica y hacerla obligatoria, seria condenar á perpetuo silencio á las noventa y nueve centésimas partes del género humano.

6. «Para que nazcan virtudes es necesario sembrar recompensas.»—*Máxima de los orientales*.

Siempre será esto cosa de aquellos egoístas de *Trebisonda*, que nunca le sirven á uno sino con el ánimo de despellejarle. Yo creo que la virtud, que solo se ejerce con la esperanza de algun premio, se parece á la generosidad de los que solo prestan su dinero con la idea del lucro. Por lo demás, esta máxima de los orientales tiene un no sé qué de materialista que mas parece propia de los septentrionales.—*El Moro Muza*.

HABANA.

Libreria é Imprenta EL IRIS, de Majin Pujolá y C.
CALLE DEL OBISPO N. 121.